

La primera aventura

por Félix de Azúa*

Desde que Copérnico y Descartes nos dejaron vagando como náufragos por el universo, nuestra soledad ha ido soñando mundos paralelos e invisibles para que nos hicieran compañía. Inventar una sociedad mágica, invisible y paralela a la sociedad real, es el gran atractivo de la saga de J.K. Rowling. Sobre todo porque el lector invierte de inmediato la jerarquía y considera que el primer mundo, aquel en donde la familia Dursley maltrata cruelmente al huérfano Harry sin saber que es un héroe, no puede ser verdadero. El mundo mágico es más inteligente, y por lo tanto más real.

El aprendizaje de la mortalidad

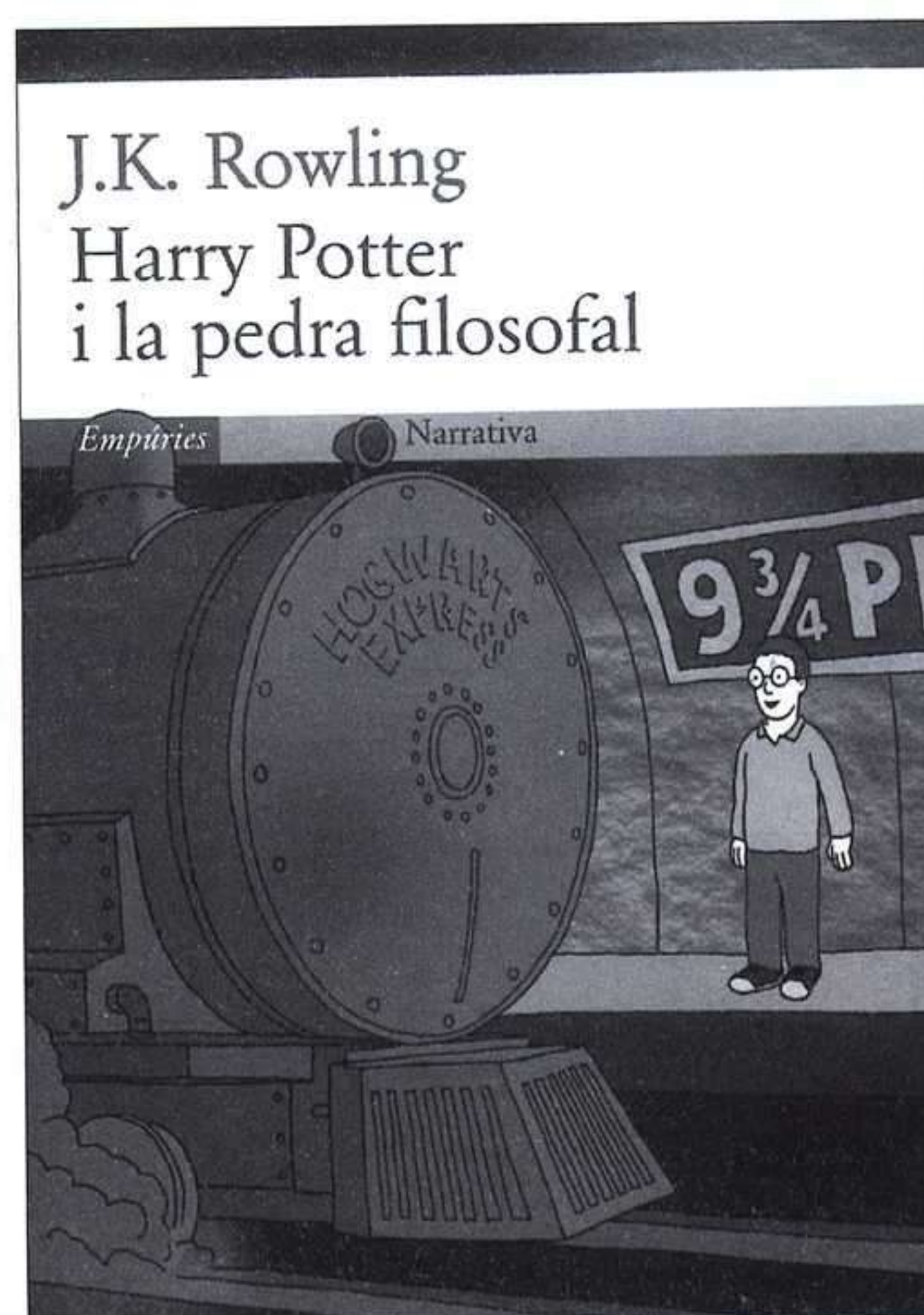
Harry es un héroe huérfano. En los mitos de fundación (de ciudades, de culturas, de religiones), la búsqueda de los padres perdidos o la reparación del daño que les fue causado, es el motor de héroes como Edipo y Moisés. O mucho me equivoco, o ese carácter fundacional acabará por aparecer en la historia de Harry. Sus avatares iniciáticos repiten una historia milenaria que todos conocemos en carne propia y que podría llamarse «el enigma de ser el último en llegar». Un día u otro nos percatamos de que hay millones de humanos desaparecidos, y que por eso nosotros somos «los nuevos». Inevitablemente, también algún día seremos desaparecidos.

El aprendizaje de la mortalidad comienza siempre por una topología del Mal. Sin duda la desaparición de nuestros padres (desde Adán y Eva) sólo puede ser un efecto del Mal y ese misterioso destructor es lo primero que debe conocerse. En la caracterización de Voldemort como primera personalización del Mal, hay mucho de vampiro y habitante de los cuerpos muertos, pero



también de Luzbel, ángel a quien su soberbia derriba para siempre, lo que indica que las cosas pueden complicarse. Frente a él, y ocupando el lugar del Bien, el profesor Dumbledore (otro nombre en clave que sugiere «el silencio es oro») encarna un saber trascendental pero incapaz por sí solo de vencer a Voldemort. Su equivalente cristiano no pasaría de ser un Santo Tomás de Aquino o un Hegel. Con gran astucia literaria, Rowling ha dedicado el primer volumen de su serie (sin apenas «aventura») a la mera distribución de las áreas de influencia.

Ahora bien, dentro del universo verdadero (el mágico), hay multitud de elementos intermedios que permiten la



transición y con ello el desarrollo de Harry hacia el conocimiento de la muerte. Muchos personajes secundarios cumplen funciones de puerta, pasaje o palanca. Por ejemplo, hay niños pobres y ricos, los primeros heroicos y los segundos arrogantes (como debe ser en una fábula hondamente cristiana), pero otros niños tienen funciones específicas. La niña Hermione (la empollona en cuyo nombre resuena el dios Hermes) encarna el saber técnico y salva a Harry de la muerte gracias a esa cualidad, ya que la técnica viene aquí considerada como aliada de los humanos. Pero también el niño torpe y poco inteligente (Neville) acaba teniendo una función salvadora gracias a su entereza moral y pone de

manifiesto que estamos iluminados por la luz de Lutero. Hay elegidos, sí, pero no hay victoria sin ética.

Sin embargo, el personaje secundario más interesante es Hagrid, el gigante silvestre que no pertenece a ninguno de los dos mundos y puede circular libremente por ambos. Este curiosísimo elemento, asexuado y borrachín, es el único que escapa al Evangelio y actúa como la turbina motriz del relato. Prácticamente todos los sucesos tienen lugar gracias a él (o por culpa suya) y es la causa inconsciente de la acción, aunque carece de responsabilidades. Como Eros, provoca innumerables líos, pero él nunca se ve involucrado. Es una partícula copulativa sin capacidad para copular. Su grotesco amor hacia los

dragones añade una nota de humor extraña a este cuento tan respetuoso con la tradición anglosajona. El lector del primer volumen no sabe nada más acerca de este gigante que convive con centauros y unicornios, sólo adivina que es una interpolación pagana extravagante y que lleva segundas intenciones.

La habilidad de J.K. Rowling para distribuir las piezas de la partida y enseñarnos las reglas del juego garantizan un desarrollo pausado y creciente. A pesar de haber introducido un elemento trivial (el deporte del Quidditch), la carga fúnebre del primer libro es muy potente. Harry irá acercándose a la verdad («esa cosa terrible y hermosa», como la llama el profesor Dumbledore), es decir, al co-

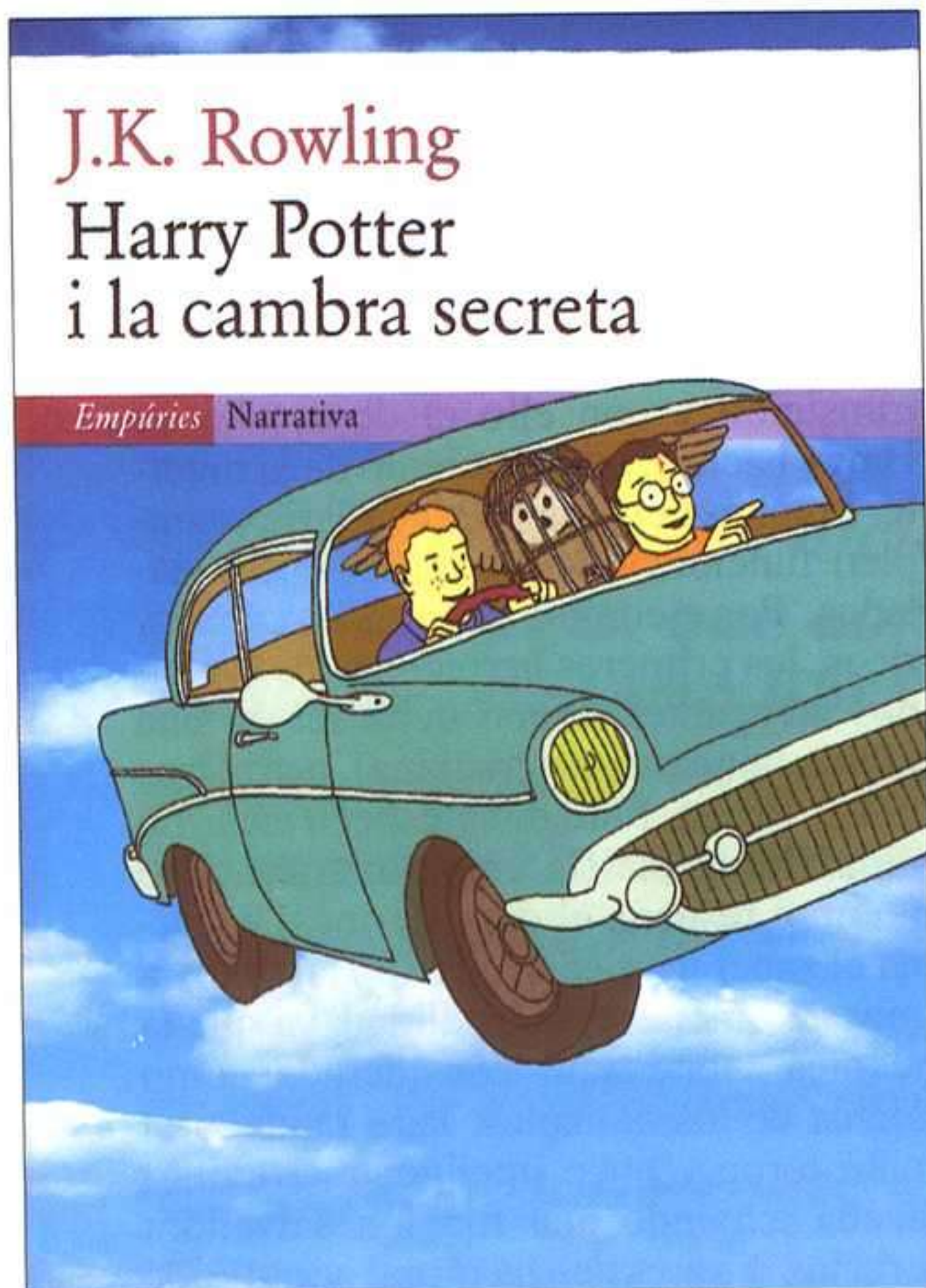
nocimiento de su desaparición futura, con el perpetuo presente de los que ya han muerto y le saludan desde viejos espejos y fotografías. Su obligación es demostrar que posee la valentía necesaria para saber. Y esa valentía es lo que debe ponerse a prueba en las entregas sucesivas hasta alcanzar el conocimiento.

De todos modos, Harry va a necesitar más inteligencia que coraje porque la muerte sólo asusta a los idiotas. Como dice Dumbledore, «para una mente bien organizada, la muerte no es más que la siguiente aventura». Harry Potter es un héroe absolutamente positivo y uno se siente orgulloso de él. ■

* Félix de Azúa es escritor.

Entre la admiración y la decepción

por Gonzalo Moure*



No creo que quepa ninguna duda de que va siendo hora de empezar a hablar de Harry Potter, más que de J.K. Rowling. Es muy propio de nuestra sociedad del escaparate que se escriban artículos y artículos sobre la autora, y ninguno sobre el libro. Sabemos que Rowling estaba en paro, que empezó escribiendo para entretenerse, las ediciones, los millones de libros vendidos... El cuento de hadas hecho carne y cuenta corriente. Pero nada, a excepción de vagas referencias al argumento, se dice sobre el libro. O más exactamente, nada se profundiza en el libro. Estará de acuerdo conmigo el lector en que es absurdo. Quienes reclamamos una crítica profunda de la LIJ, siempre que el libro lo merezca, solemos oír respuestas curiosas, cuando no insultantes. Pero se refieren a

libros como los nuestros, supuestamente de menor cuantía, que no parecen merecer más allá de una reseña elogiosa y superficial. Sin embargo, el caso de Harry Potter es totalmente distinto. Son millones, en el mundo, los niños que están descubriendo la literatura a través de sus aventuras y, aunque aquí las cifras parecen ser mucho menores, el fenómeno es también notable. Ése es el primer aspecto interesante del personaje de Rowling, algo que la literatura, y todos nosotros, debemos de agradecer.

Una obra convencional

Si en nuestro caso, en mi generación, fue Guillermo el inductor, la generación que se está empezando a meter en el hor-